

La puerta del miedo-MIEDO. (Una experiencia teatral)¹

Olga Anzolini

Escuela de Teatro de La Plata / Escuela de Estética N° 1

*“Este es el juicio del fantasma negro que golpeó la Argentina.
Negro porque rompió nuestros corazones.
Negro por la ira, la mentira y la muerte.
Negro porque manchó las libertades.
Y por sobre todo negro por las sombras que oscurecieron nuestras vidas y nos llevan a pensar qué tienen de humanos estos personajes”.*

Este texto escrito por los chicos es el preámbulo de un Juicio. De su propio juicio. Su conclusión luego de las arduas investigaciones y la triste realidad que encontraron. ¿Cuál fue el recorrido que hicieron para llegar a él? Considero que la descripción del mismo, compleja descripción que intento hacer, posee un valor en sí misma. “Nunca hablé de un tema tan serio en una escuela”, observa Violeta. Y nunca, agrego yo, hemos tratado un tema de esta magnitud que, increíble y tristemente, fue atravesado por la realidad: en septiembre, año 2006, en medio del trabajo, Jorge Julio López desaparece.

Veamos, entonces, cómo fue el camino.

El taller de Teatro de la escuela agrupa chicos de 10, 11 y 12 años, quienes, a lo largo de los años anteriores son entrenados en el análisis y uso de los elementos de la estructura dramática: conflicto, roles, personajes, entorno, etc.

En el nivel de Taller se intenta, paralelamente a la profundización en el aprendizaje de estos elementos, organizarlos en torno a un proyecto determinado elegido por el grupo.

En las diferentes clases de inicio del año, era recurrente el tema del miedo, traducido en ciertas preocupaciones lumínicas, personajes siniestros de voces oscuras. Citaban películas como “Sexto sentido”, “Los otros”. “Mente siniestra”. Analizando

¹ Ponencia presentada en el Cuarto Encuentro de Arte, realizado en la ciudad de Salta, en abril de 2011, organizado por el Instituto Superior de Profesorado de Arte, la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta y la Secretaría de Cultura de la Nación.

en particular qué cosa de cada película era lo que los atraía, trabajamos escenas a partir de personajes que solo algunos veían y que llegaban para anunciar algo, revelar secretos. Estábamos en el terreno de lo fantástico, cuyo eje es la vacilación. El personaje ¿era real o estaba en la cabeza de otro? ¿Acaso alguien había enloquecido y veía cosas o personas que no existen? En una escena ese personaje era la Muerte que venía a buscar a alguien. Les leí entonces una adaptación teatral del cuento “El hombrecito del azulejo”, de Manuel Mujica Láinez (1) Trabajamos sobre eso. Nos centramos luego en personajes que parecen una cosa y son otra. Más adelante, les leí fragmentos del cuento “La muerte quiere ser madrina”, cuento popular español (2). Elaboraron trabajos sobre este cuento, con la inclusión de muerte y demonio.

Pero parecía que el miedo y el terror no eran suficientes.

Comencé la siguiente clase preguntándoles a qué le tienen miedo y confeccionando una lista: La muerte. Los muertos. Presencias de espíritus que muevan cosas. O espíritus que aparecen y desaparecen. Miedo a los muñecos. A los payasos. Miedo a las imágenes de algunos cuadros de la artista plástica Silvia Crespo (*), que estaba realizando una exposición en la escuela. Miedo a ciertos sonidos como el viento, lamentos o aullidos. A la posibilidad de existencia de túneles o mundos debajo del piso. Y aquí una alumna dijo que el preceptor de su escuela les contó que hay una “puerta” en la propia escuela que da a un túnel que fue utilizado en la dictadura militar. Y aquí sí llegamos al horror. Al verdadero. Al intenso. Al descomunal miedo. Recuerdo miradas extrañadas, sorprendidas. Y también la vehemencia de algunas voces que revelaban una historia conocida. Y padecida.

A partir de allí las clases avanzaban en dos niveles: el de acción y el de investigación. Este último consistió en preguntar a padres, abuelos, tíos y maestros lo que aquí ocurrió. Y traer todo el material posible. Aparecieron libros como “El golpe y los chicos”, de Graciela Montes (3) y también el mismo en forma de fascículos que había editado un diario nacional. Traían material de la biblioteca de las escuelas que quedaron de las carteleras del aniversario del golpe. Y, por supuesto “La noche de los lápices”, película que algunos se animaron a ver. Trajeron música de León Gieco que los padres le hicieron escuchar. Y también la música de Sui Generis que se escucha en la película antes referida, “La noche de los lápices”. Algunos comentaban la novela Montecristo y la historia que allí se desarrolla conmovió. Acerqué una versión de un tango “Pompeya no olvida” de Patricia Barone que aborda el tema de las Abuelas. También, alguien aportó el cuento de Elsa Bornemann “Los desmaravilladores” (4), que fue particularmente tomado ya que sus protagonistas son dos chicas: de aquí saldrá la idea de una de las historias que luego contarán. El nivel de la acción que se desarrollaba paralelamente, tenía que ver con ir abordando cada uno de los puntos de la lista del miedo. Las escenas fueron muy variadas, rescatando el miedo mezclado con humor. Apareció la idea de un Personaje central, La Señora Miedo y su ayudante. Concebida como una forma de eslabonar escenas y miedos diferentes, La Señora Miedo observaba un mapa de personas con miedo y resaltaba que tanto chicos como grandes están bajo su control. Le hablaba al público, sonreía victoriosa. Su ayudante nos contaba, confidencialmente, que su patrona también tenía miedo. A las gallinas.

Y a sí misma cuando se veía en un espejo.

Pero hubo un momento en que propusieron trabajar el tema de la Dictadura solamente. No más miedo a la oscuridad ni a los payasos ni a los fantasmas. No ya personajes ficticios ni simpáticos. Tampoco ninguna risa. Ellos querían hacer LA REALIDAD.

Un día les propuse entrevistar a un Hijo de desaparecido. Inmediatamente dijeron que sí: podrían preguntarle lo que quisieran. Manuel tiene padre y abuelo desaparecidos, los dos delegados del Armour-Swift, fábrica de Berisso. Una historia que cuenta con fotos: un nene jugando con su papá, un abuelo sonriente mezcladas con otra parte de su historia: su familia: sus dos hijitas, su mujer, y algún personaje de las obras que realiza como actor. Los chicos conocieron su historia completa, la de un muchacho que ha padecido grandes dolores, que hoy sigue luchando por el Juicio y Castigo, por la aparición con vida de Jorge Julio López. Un muchacho que hoy puede construir esperanzas. Las mismas que cualquiera de nosotros.

Luego de las diferentes aproximaciones que hemos realizado, los chicos elaboraron dos historias eslabonadas por un mismo Juicio.

Una noche en un centro clandestino de detención. Habitaciones Cerradas. Chicas muy jóvenes con miedo. Gritos, torturas. Una madre que no sabe si volverá a ver a su pequeña hija. Una chica con esperanzas. Otra que llora calladamente. Gritos. Dolor. Un fusilamiento. Mientras va cayendo, la víctima sentencia "Va a haber justicia para ustedes. Adonde vayan los iremos a buscar. Y habrá justicia, justicia". Una de las víctimas se salva y promete frente a la chica asesinada: "cubriré tu muerte más que con flores". Es la misma que hoy sigue asistiendo a las marchas y que luego declara contra el general. Ha cumplido su palabra. Y se hizo justicia.

Una nena que sueña siempre el mismo sueño: una mujer desconocida esconde a un bebé antes de que dos monstruos atrapen a su hija mayor y a ella misma. Una dirección queda sonando en su oído y su memoria. Se dispone a investigar, ayudada por una amiga y guiada por su maestra: algo hay encerrado en sus sueños. Y se produce el reencuentro: hay una hermana, una abuela que siempre la buscó, una historia que empieza a develarse. Sabe por fin quién es. Hay alivio. Y se hizo justicia.

Dos historias y un mismo responsable, un general que intervino en ambas al que se le realiza un Juicio. Nadie lo defiende. Asiste calladamente a las pruebas de dos historias verdaderas. Y es declarado culpable. Y se hizo justicia.

Las víctimas tienen nombre y apellido: alguien relata quienes continúan desaparecidas, y quienes hoy siguen reclamando justicia: la muestra culmina con una marcha reclamando aparición con vida de Jorge Julio López, con su imagen en

alto, mientras suena la canción “La memoria”, de León Gieco. Porque el punto culminante de este trabajo fue, sin dudas, la actualización de un pasado lejano que se presentifica brutal y siniestramente.
Y aún no hay justicia.

Sin dudas, el tema de la identidad es medular en estas edades. Ha sido conmovedora la escena en que una nena duda: ¿su madre es su madre? ¿Por qué nunca vio fotos de su mamá embarazada? ¿Por qué nunca le habla de ello y responde con preguntas esquivas? El miedo a no ser el que uno cree, el miedo a ser otro, el miedo a lo oculto. Y a la mentira. Las dudas y los sueños como mensajes: han encontrado en el lenguaje teatral la forma de contarlos. ¿Hay mayor horror que la separación brutal de una mamá y su bebé? En las dos historias el alejamiento, involuntario y para siempre, de la mamá, la usina del amor, es lo más temido. Y los responsables de esta violencia son monstruos. ¿Qué otra cosa pueden ser?

Eugenio Barba, el prestigioso director del Odin Theater sostiene que “la Historia es la Danza entre lo Grande y lo Pequeño: existe una Gran Historia que nos arrastra y nos sumerge, sobre la cual, a menudo sentimos que no podemos intervenir. A veces no podemos entender en qué direcciones se mueve, mientras se está moviendo, y nosotros en ella. Sin embargo, en la Gran Historia es posible recortar pequeñas islas, minúsculos jardines donde nuestras manos pueden ser eficaces, donde podemos vivir nuestra Pequeña Historia, la de nuestra vida. Es evidente que la Gran Historia y las pequeñas Historias no son independientes. Pero las pequeñas historias no son simples porciones de lo Grande. Los niños que construyen un pequeño dique en las márgenes de la corriente de un gran río para hacer una pequeña piscina donde bañarse y chapotear, no juegan en la impetuosa corriente. Pero tampoco están en un agua distinta de la que fluye en medio del río. El teatro es el intento de estar en el agua del río sin dejarse arrastrar por la corriente. Esto es la historia del teatro: pequeños jardines, charcos de agua al amparo del ímpetu de la corriente, a veces inundados por ella”.

Los chicos han jugueteado y han sufrido en aguas turbias, aún turbulentas y han creado necesarios jardines de justicia. Pero me animo a acotar a Eugenio Barba que también nosotros, todos, escribimos la historia, la Grande conjugada con la Pequeña. Y estos chicos la esbozan desde que la conocen, la transitan, la padecen y accionan en consecuencia. Hoy encuentro a Violeta en las marchas y hay muchas Violetas más acompañando el reclamo de aparición con vida de López.

He hablado del camino que recorrieron los chicos. Necesito hablar brevemente de mi lugar en ese camino. Porque, en este caso, no sólo he procurado “proveerles los recursos expresivos y técnicos para que puedan inventar y crear soluciones estéticas idóneas para su proyecto”, como dice Eisner (5), sino que me he comprometido e involucrado con cabeza y corazón. ¿Cómo evitarlo? Se trata de nuestra historia y también de nuestros miedos. Durante el desarrollo de las clases, resolvíamos problemas de espacio, de textos, de objetos, elegíamos tal o cual música. Pero hacia el final de cada clase, en el momento de la dramatización resultante de aquel trabajo,

era inevitable la emoción, mi emoción que los chicos observaban al principio con sorpresa y que se fue transformando en acostumbrada invitada. No les sorprendió, por lo tanto, la emoción de los padres el día de la muestra. Silencios atentos. Ojos colorados. Abrazos que calman. Porque “el teatro, dice Barba, mueve nuestro universo interior: emociones, sensibilidades e impulsos se someten a un proceso de ficción transformándose en acción perceptible que acaricia o araña los sentidos en la Pequeña Historia del espectador”(6).

Como dice Alejandra Pizarnik “una mirada desde la alcantarilla puede ser una visión del mundo”. Los chicos han abierto una “puerta”, han cruzado un umbral, transitaron los túneles subterráneos y desde esa alcantarilla observaron el horror. Y desde ese horror han elaborado y recreado lo silenciado, lo que permanece debajo de la superficie, todavía hoy reclamando justicia. La desazón final es la misma que la nuestra. Sus lágrimas también. Quizá entonces quepa concluir con el poema de Alejandra Pizarnik, completo:

“Una mirada desde la alcantarilla puede ser una visión del mundo. La rebelión consiste en mirar una rosa hasta pulverizarse los ojos.”

Bibliografía

- Anónimo, “La muerte quiere ser madrina” en *Cuentos populares españoles*
Barba, Eugenio. “En las entrañas del monstruo”, Discurso de agradecimiento en ocasión del doctorado Honoris Causa otorgado por el Instituto Superior de Artes de La Habana, en febrero del 2002.
Borneman, Elsa., *Los desmaravilladores*. Ediciones Alfaguara.
Eisner, Elliot., *Educación la visión artística*. Ed Paidós. 1995.
Montes, Graciela., *El golpe y los chicos*. Ediciones Gramón-Colihue. Buenos Aires 1996.
Mujica Láinez, Manuel. “El hombrecito del azulejo” en *Misteriosa Buenos Aires*, Editorial La otra orilla.
Pizarnik, Alejandra., *Poesía completa*. Editorial LUMEN. Buenos Aires. 2008.

Música

- Barone, Patricia., “Pompeya no olvida”.
Gieco, León., “La memoria”.

Películas

- M. Nighth Shyamalan., *Sexto sentido*.
Alejandro Amenábar., *Los otros*.
John Polson., *Mente siniestra*.
Héctor Olivera., *La noche de los lápices*.

Exposiciones

- A) Crespo, Silvia., cuadros de la exposición realizada en el hall de la Escuela de Estética.